

Dos primaveras, dos otoños



José Antonio Espiga, el último trashumante riojano.



Sólo José Antonio Espiga mantiene la tradición trashumante de los pastores riojanos

Más de un millar de ovejas regresan a Brieva desde el valle de Alcudia (Ciudad Real) para pasar el estío

Texto y fotografías: **Ch. Díez.**

Las ovejas de José Antonio Espiga son unas privilegiadas, disfrutan de dos primaveras y dos otoños. Dos primaveras en los prados serranos de las Siete Villas y dos otoños en las dehesas salpicadas de encinas del valle de la Alcudia, provincia de Ciudad Real. Pero José Antonio Espiga no se siente un privilegiado, aunque sus ovejas lo sean, sino el último riojano de una larga lista de pastores que desde hace más de un milenio practicaron la trashumancia buscando pastos frescos para sus ovejas en las templadas tierras extremeñas y manchegas. Aunque ya sea pieza de museo, la trashumancia tiene todavía alguna historia por contar. Habla el último trashumante.



Las primeras ovejas trashumantes que llegaron a La Rioja este año, a finales de junio.

Dos citas con José Antonio Espiga Dávila quieren dejar testimonio de esta práctica ganadera que tuvo su máximo esplendor en tiempos de la Mesta y de cuya agonía está siendo testigo directo el último trashumante riojano. La primera, en los últimos días de un mes de junio lluvioso, en Villoslada de Cameros, para asistir al desembarque de las primeras 350 ovejas merinas que llegan a La Rioja procedentes del valle de Alcudia, en la provincia de Ciudad Real. La segunda, a finales de septiembre, en el alto de Canto Hincado, cercano a Brieva de Cameros, cuando sólo restan unas semanas para hacer el viaje de vuelta. Entre tanto han transcurrido tres meses en los que José Antonio Espiga ha tenido tiempo para reflexionar y volver a hacerse, un año más, una pregunta a la que todavía no ha encontrado respuesta. "¿Qué pinto yo aquí?"

Porque José Antonio tiene claro que donde él pinta algo es en esas preciosas dehesas salpicadas de encinas a las que acudió por primera vez de chiquillo, acompañando a su padre trashumante, en

aquellos tiempos en los que el embarque se hacía en Soria, en el tren del ganado, y hasta allí se llevaban las ovejas en cinco jornadas de camino cansado, pero jubiloso. "Aquello era como una romería, duro, pero muy bonito", recuerda.

Allí, en Alamillo, en el Valle de Alcudia, tiene a su mujer y a sus dos hijos y de allí se le ha pegado el habla siseante y entrecortado, las maneras de pastorear, el aspecto pulcro con visera calada y traje caqui. Y el cutis moreno, curtido por el sol y no por el relente de la montaña. Y su afición a los toros. Supo ayer mismo que José Tomás se corta la coleta y está entristecido.

En este ir y venir –primero con su padre y un buen puñado de pastores de las Siete Villas y los Cameros, luego con su hermano Pedro y algún rebaño menos y, finalmente, solo- José Antonio empieza a hablar de retirarse, de dejar la trashumancia, del trabajo tan esclavo que es, de las pocas satisfacciones que da, de que no recibe apoyo alguno, de las trabas que tiene para trasladar las ovejas, de que no es plan dejar a la familia sola. Y

en todo parece tener razón, pero hay un problema: le apasionan las ovejas y sabe que la trashumancia para el ganado lanar es como un balón de oxígeno. "Se cubren mejor, están más sanas, tienen pasto fresco todo el año... Para ellas, son todo ventajas. Les alargas la vida un par de años".

En estas reflexiones anda cuando su todoterreno atraviesa un paisaje sobrecogedor de cumbres peladas, de roca blanca y manto verde, en el que se pierde la vista buscando un final a tanta belleza y no lo encuentra. José Antonio señala a lo lejos un aprisco –ahora refugio de cazadores- donde ha pasado muchas noches en otros tiempos y, un poco emocionado, exclama con plena convicción: "este es el mejor terreno que conozco para las ovejas. Es fabuloso". Porque aunque mantiene la teoría de que el hombre no es de donde nace, sino de donde padece, tiene muy arraigadas las raíces que le unen con estas praderas cóncavas donde abonó su infancia y adolescencia y a las que cada verano regresa con su rebaño merino de pura raza.



En 1992 dejó de funcionar el tren que trasladaba a los rebaños riojanos y sorianos a tierras extremeñas. Ahora las ovejas viajan en camiones.



Camino de Brieva, el rebaño atraviesa el municipio de Montenegro.

Sin relevo

A los pastores les parece normal que ellos hagan “bborrrrrrrr, bborrrrrrrrr” y 1.300 ovejas levanten la cabeza a la par y respondan con un balido. Y así ocurrió aquella mañana de septiembre. Y así ocurre cada mañana desde que al acabar los estudios de perito agrícola, y después de un trabajo relámpago en la Compañía Nacional de Geofísica, José Antonio decidió que el único camino que quería recorrer en su vida era la cañada que une su pueblo natal Brieva de Cameros con la localidad castellanomanchega de Alamillo. Así comenzó todo: “Recién acabada la carrera bajé de octubre a enero a hacer la paridera con mi padre porque ya andábamos mal de pastores. Allí conocí a mi mujer. Luego me fui a la mili, hice algún viaje más, alguna carta y nos casamos. Todavía de casado estuve un año trabajando en la empresa haciendo perforaciones, pero aquello no era plan, se viajaba mucho y, sobre todo, me acordaba mucho de las ovejas”. Fue el momento decisivo, su padre se cansó de atravesar cañadas, cordeles y veredas y las ovejas necesitaban otro pastor que las guiase, así que los hermanos Espiga tomaron el último relevo en una actividad con más de un milenio de historia.

De que era el último relevo no les cabe duda a ninguno de los dos. Pedro se retiró hace unos años por problemas de salud y apacigua la añoranza de cuando en cuando con alguna escapada a Alcudia a visitar a su hermano. “Pero no sabemos si viene a vernos a nosotros o a las ovejas, porque se desvive por ellas”, comenta risueño José Antonio. Él lo tiene claro:

“los hijos, ni siguen, ni quiero. Es una vida muy esclava y no es compensada de ninguna manera. El trashumante, como decía mi padre, tiene que llorar muchas veces”.

La realidad se impone. En Abejar (Soria), donde estaba la estación de tren en la que se embarcaban los rebaños merinos de tierras riojanas y sorianas hasta las comarcas extremeñas y castellano manchegas, hay hoy un museo dedicado a la trashumancia. Ese tren dejó de funcionar en el año 92 por su escasa rentabilidad y ahora hay que hacer tres viajes con seis camiones trailers para trasladar un solo rebaño. A unos pocos kilómetros de Brieva, en la Venta de Piqueras, se abrió este mismo año el Centro de la Trashumancia, donde se recoge toda la cultura pastoril de la zona. A José Antonio le hace gracia –porque él es muy risueño y hasta cuando se queja sonrío– que se quiera encerrar en un museo una actividad que todavía se practica, que la practica él. “Hay mucho dinero para museos y me parece bien, pero si quieren apoyar la trashumancia y mantenerla, ahora están a tiempo, todavía hay un trashumante, ¿no?”. Quiere decir José Antonio que las cuentas no salen. Que sin ayudas, la trashumancia ha dejado de ser rentable y que practicarla es una cuestión de puro romanticismo. “Es más rentable tener menos ganado y no trasladarlo, que es lo que están haciendo muchos pastores que hacían antes la trashumancia conmigo; eso, o cambiar las ovejas por vacas. En la Alcudia ya no queda nadie que haga la trashumancia como yo. Unos se han quedado en Soria y otros se han instalado allí”.

A los problemas que tiene el sector ovino –baja rentabilidad, falta de pastores y dedicación 365 días al año–, se añaden los propios de la trashumancia: costes de transporte elevados, mayor necesidad de mano de obra puesto que parte del rebaño no se traslada, pago de pastos, alquiler de la finca... Además, hay que hacer encaje de bolillos para tener corderos en todas las épocas del año y sacar dos crías por oveja: “las ovejas que van a parir en verano, las dejamos en la Alcudia; y aquí suben a cubrirse las que van a tener el cordero en octubre. Así hacemos dos ciclos completos y podemos sacar mayor rentabilidad al ganado”. Las que ahora divisamos levantar la cabeza al silbido de José Antonio tendrán su cordero, ya en la Alcudia, a finales de octubre. “Hay mucho ganado *preña*o ahora y les cuesta más subir”, dice. Desde el alto, bajo la atenta mirada de Bandido y Tuso, un paciente mastín y un inquieto perro pastor color canela, se las ve avanzar como un pelotón uniformado con el objetivo bien claro. El objetivo no es otro que alcanzar las rocas donde José Antonio ha esparcido su ración diaria de sal, el único complemento alimenticio al pasto que reciben en todo el día.

Pero el sentimentalismo no es el único motor que mueve a José Antonio a regresar año tras año a Brieva de Cameros. “La trashumancia tiene muchas ventajas y por eso se ha practicado siempre. La oveja está mucho mejor porque no sufre climas extremos, ni el calor del verano de allí ni el frío del invierno aquí, así que prácticamente vive dos primaveras y dos otoños. Todo esto permite a la oveja de-

sarrollarse mejor, ser más fecunda y prolífica, se consiguen muchos más partos múltiples. O sea, que la trashumancia aporta muchas ventajas en beneficio del animal, como es la producción y también la sanidad. Lo que ocurre es que hay muchos gastos y llega un momento en que no es rentable”.

Mientras Bandido y Tuso andan correosos vigilando el rebaño, José Antonio insiste en hacer números para demostrar que no salen las cuentas, ni aunque las haga en pesetas. Casi dos millones se gasta todos los años en el transporte de 1.300 ovejas. “Con lo que cuesta subir y bajar el ganado, se puede mantener perfectamente allí, echándoles de comer todos los días. Además, me ahorraría el sueldo del pastor que cuida las ovejas que se quedan en la finca”. La finca a la que se refiere es una dehesa de 400 hectáreas que tiene alquilada en el valle de Alcudia, en la que cría las 1.500 ovejas que forman su rebaño al completo y un puñado de vacas.

La odisea del viaje

Porque transportar el ganado no sólo es un lastre económico, también es un rompecabezas que hay que recomponer cada

año. Mientras que el regreso de los trashumantes fue en tiempos un motivo de gozo en la Sierra camerana que puso letra a numerosas coplillas populares y que se recogió en documentales extranjeros; no deja de ser hoy un hecho aislado al que hay que echar mucha imaginación para encontrarle ese componente bucólico de la cultura pastoril. Para muestra, la llegada a finales de junio de las primeras 350 ovejas merinas. La cita, al rayar el día en Villoslada de Cameros. Allí han quedado Pedro Espiga –que llega con dos ganaderos más- y su hermano José Antonio, que acompaña a los dos trailers que transportan el ganado desde su finca en Alcudia. Toda la noche en la carretera. Una llovizna persistente y un frío invernal inquietan a los pastores. Mal tiempo para las ovejas, que están recién esquiladas y cansadas del viaje. Con los primeros rayos del día ‘Llegó Manolo’ –dice en la cabina de uno de los camiones- y los hermanos Espiga intercambian un breve saludo y una pregunta: ¿dónde descargamos? El primer intento será en un ramal que atraviesa la carretera camino a Montenegro, es el más rápido para llegar a Brieva. Al llegar: dificultades, el trailer es demasia-

do grande y no puede hacer maniobra. Se crispan los nervios. Llega el autobús de línea. El trailer no le deja pasar. Marcha atrás hasta que la carretera se ensancha. La mañana avanza y el tiempo empeora. Y las ovejas todavía en los camiones. Parece que la solución va a ser llegar hasta Montegro. Y así ocurre. A las afueras del pueblo, el pastor –fotógrafo en otros tiempos y con muy buen ojo todavía- se acerca a echar una mano. “Vaya día habéis elegido. Ni que fuese pleno invierno”, comenta. “Pues allí hacía un día espléndido”, contesta José Antonio. “Es lo que tiene el sur”, replica Manolo, el que llegó con el camión. Por eso estamos aquí, seguro que pensó alguien pero nadie dijo nada más. Una hora más tarde, las ovejas arrear por las cumbres que resguardan Montenegro. Parece que tienen prisa por llegar a su residencia de verano.

“Los viajes son una odisea”, recuerda José Antonio tres meses más tarde, pensando ya en el de regreso a Alcudia. Después de lamer la sal, las ovejas toman el careo camino al collado de la Estrella, el paraje que el pastor considera el mejor del mundo para criar ovejas. Desde el camino, en el todoterreno, se las ve enfile-

El rebaño, con 1.300 cabezas, aprovecha los pastos de verano de la sierra de Brieva de Cameros.



por la senda que atraviesa la ladera hasta que llegan a un terreno removido que les corta el paso y les obliga a volver atrás. "Es que no entiendo nada, estas sierras son ganaderas y en vez de desbrozar y mejorar los pastos para ayudar a los ganaderos, lo único que hacen es plantar pinos, incluso en los sitios que son de paso de ganado". Ya se lo decía su padre cuando comenzaron las reforestaciones, que las ovejas no las quieren en ningún sitio. Y eso tampoco lo entiende José Antonio que ha pasado toda su vida con ellas y sabe a ciencia cierta que no hay ganado que beneficie más al medio ambiente que la oveja. "Sólo el estiércol de las ovejas mejora mucho el terreno porque regenera el suelo y aquí que no me digan que hay mucha carga ganadera porque quedan cuatro pastores en estas sierras. Además, para qué plantan pinos aquí, si no crecen. Conozco zonas donde plantaron pinos cuando yo era un niño y están canijos todavía". Ya no sonrío aunque lo parezca. "Mal futuro nos queda a los pastores si la gestión del medio ambiente no nos tiene en cuenta".



La trashumancia beneficia al ganado en cuanto a producción y sanidad.

125.000 KILÓMETROS DE VÍAS PECUARIAS

España está atravesada de norte a sur por 125.000 kilómetros de vías pecuarias, entre cañadas reales, cordelles, veredas y coladas, y cada uno de estos caminos de tránsito de ganado conserva abrevaderos, descansaderos, contaderos, esquiladeros, tainas, majadas y otras infraestructura que facilitaban la labor de los pastores trashumantes. Esta red de caminos pastoriles ocupa en su conjunto una superficie aproximada de 400.000 hectáreas, la extensión de toda la sierra riojana y la mitad de su valle.

La Rioja mantiene tramos de cuatro cañadas reales –Segoviana, Soriana Occidental, Soriana Oriental y Galiana- y toda la red pecuaria transcurre por 2.280 kilómetros, según el inventario realizado por la Dirección General de Medio Natural.

Estos datos dan muestra de la importancia que la cultura trashumante ha tenido en la historia económica, cultural y ecológica del país y también del nutrido patrimonio que se ha regenerado como consecuencia de esta actividad ganadera, este modo de vida.

En mayo del año pasado se celebraron en La Rioja unas jornadas que, bajo el título 'Trashumancia, Cañadas y Desarrollo Rural', pusieron de manifiesto los problemas de supervivencia que atraviesa actualmente la trashumancia y del importante papel de las cañadas como generadoras de recursos medioambientales.

Algunas de las reflexiones allí expuestas ayudarán al lector a aproximarse a esta actividad con más de mil años de antigüedad y que, de no ponerse remedio, no sobrevivirá al siglo XXI.

El desplazamiento alternativo y periódico de rebaños entre regiones de diferente clima - la trashumancia-

está generado por la necesidad de buscar los lugares más apropiados para la alimentación de los ganados. "Esta circunstancia –señala Julio Grande en su ponencia- ha obligado al aprovechamiento de los pastos de montaña en el verano, teniendo que buscar zonas más templadas cuando los rigores del invierno hacían imposible la alimentación de los animales. Así se iniciaban los desplazamientos de invernada hacia el sur, donde se mantenían los rebaños hasta que el agostamiento de los herbajes obligaba de nuevo a emprender el camino de regreso".

Este camino de ida y vuelta lo hacían cada año más de tres millones de cabezas de ganado ovino por alguna de las ocho cañadas reales que surcan al país de norte a sur. Un movimiento migratorio que trajo consigo un desarrollo económico de gran trascendencia en los siglos XII y XIII como consecuencia del comercio –incluso transoceánico- de la lana de las ovejas merinas. Su culminación fue la creación en 1273 de la Mesta, organización gremial de ganaderos trashumantes con enorme poder y privilegios reales.

A finales del siglo XIX comienza a vislumbrarse una crisis de la ganadería ovina –y en consecuencia de la actividad trashumante- que se constata definitivamente durante el siglo pasado. Hoy los principales esfuerzos se encaminan por recuperar el importante y rico patrimonio cultural que nos ha dejado esta actividad ganadera y en reivindicar el papel ecológico y medioambiental de las vías pecuarias. Y su reutilización, también, por sus creadores, los pocos trashumantes que quedan. Que no sean en un futuro sólo un camino por el que hacer senderismo.